

Simón Bolívar como escritor

*Marisol Rey Castillo**



Retrato anónimo
de El Libertador
en su escritorio
(1829)

Resumen

Muchos estudios se han hecho sobre Simón Bolívar, el hombre, y sobre El Libertador, el héroe, pero poco se ha estudiado y comentado una de las facetas más prolíficas de su vida: su escritura. Entiéndase esta escritura no sólo como el producto de su acción libertadora, sino también como obra estética de carácter literario. En sus proclamas y sus cartas personales se hallan impresos no sólo su pensamiento, luchas, sentimientos y deseos, sino también un estilo nuevo y fresco con respecto a la literatura de su época, lo cual significa que Bolívar fue un verdadero revolucionario en más de un campo.

Palabras clave

Simón Bolívar, El Libertador, héroe, hombre, pensamiento, sentimiento, escritura, proclamas, cartas, crítico, neoclasicismo, poético, estilo, independencia, revolución.

Abstract

Many studies have been done about Simon Bolívar, the man and about El Libertador, the hero, but so few specialists have analyzed one of the most fruitful aspects of his life: his writing. This writing should be seen not only as the product of his heroic action, but also as an aesthetic work of literary character. His thoughts, struggles, feelings and desires are stated in his discourses and his personal letters; additionally those writings are full with a new and fresh style in regards to literature of his period, and this means that Bolívar was a real revolutionary in more than one sense.

Keywords

Simón Bolívar, El Libertador, hero, man, thought, feeling, writing, proclamation, letters, critic, neoclassicism, poetical, style, independency, revolution.

Recibido: 23 de marzo del 2010 - Aprobado: 15 de junio del 2010

* Licenciada en Español-Inglés, Universidad Pedagógica Nacional (2002), magíster en Lingüística Española, Instituto Caro y Cuervo (2005). Docente tiempo completo, Licenciatura en E.B.E. Lengua Castellana e Inglés, Facultad de Educación, Universidad Antonio Nariño. marirey@uan.edu.co marisolreyc@gmail.com

En las palabras que nos ha dejado escritas (...) está el Bolívar vivo que tenemos (...). Se exalta, se desespera, ordena, impetra, desnuda sus sentimientos (...). Su lengua fue uno de sus mayores dones.

Uslar Pietri (1990: 138).

Simón Bolívar ha logrado inmortalizarse gracias a sus hazañas y su vida misma. De este personaje se han tenido muchas opiniones: por un lado están sus fervientes seguidores, quienes lo idolatran y veneran –casi como si de un santo se tratara– por ser el héroe que otorgó la independencia a la Nueva Granada y la Nueva Castilla; por otro lado están sus detractores, quienes aseguran que ha sido mitificado innecesariamente y que sólo fue un ser humano con mucha suerte y numerosos colaboradores.

Sean cuales sean las opiniones, El Libertador ha sido conocido y reconocido por dos facetas: el héroe y el hombre. Sin embargo, muy poco se ha dicho de Simón Bolívar el escritor: ese hombre que en medio de sus largos viajes e inagotables campañas encontraba tiempo para tomar un papel y una pluma y plasmar su pensamiento, o para escribir una carta a sus familiares y amigos. Un acto lingüístico y literario en el que también fue revolucionario y estuvo a la vanguardia de la época en la que se encontraba. Desde aquí se abordará esta faceta poco conocida pero igual de importante a las que se han estudiado durante casi doscientos años por biógrafos e historiadores.

En esta exploración sobre Simón Bolívar como escritor, se hace necesario partir desde lo que conocemos de este personaje para después adentrarnos en la época literaria en la que vivió, la crítica sobre su producción y finalmente las características propias de su prosa y su poesía.

Caraqueño de nacimiento, pero americano de corazón, Simón Bolívar, apodado El Libertador por el Cabildo de Mérida en 1813, vivió y fue el protagonista principal de la historia de Sudamérica en una época turbulenta, caracterizada por la confusión, la intriga política, la división ideológica y la indecisión entre ser fiel a un régimen colonial

que había imperado por más de trescientos años, y obtener la independencia absoluta que les daría el poder para liderar el destino de sus pueblos.

La caótica situación española de finales del siglo XVIII había hecho que los latinoamericanos tomaran decisiones sobre su rumbo a través de las juntas de gobierno en las diferentes poblaciones de los nuevos reinos. El joven Simón Bolívar comenzó de esta manera la causa independentista en Caracas, que después, por diversas circunstancias, extendió a otros territorios y que, finalmente, tras varios años e incontables adversidades desemboca en la libertad de lo que hoy son cinco naciones. Así pasa El Libertador a los anaqueles de la historia como un héroe revolucionario, un personaje profundamente comprometido con la libertad y la independencia latinoamericanas.

También está la figura de Simón Bolívar, el ser humano, el “hombre de las dificultades” (Bolívar, 1944: V10, 259) como él mismo se definió en una carta escrita al General Santander en 1825. Cuarto hijo –entre cinco– de una familia acomodada e influyente de Caracas, quedó huérfano a los nueve años y fue criado bajo la tutela de su tío materno y de dos figuras notables de la época, Simón Rodríguez y Andrés Bello. Con tan sólo dieciséis años tomó las riendas de su propia vida y desde entonces libró batallas personales con el mismo ardor con que libró las independentistas. Tuvo fama de ser terco, voluntarioso, impulsivo, impaciente y temperamental. Nunca se conformaba con lo que la vida le ofrecía, siempre quiso más y por ello iba a la vanguardia tanto en pensamiento como en conducta, siendo tan revolucionario en su vida privada como en la pública.

Como amigo era leal, incondicional e indulgente, como amante era temerario y entusiasta, si bien nunca fiel. Después de enviudar, juró no volver a casarse, sin embargo eso no le impidió tener varios romances, muchos de ellos con mujeres casadas como Fanny Du Villars, Teresa Laisnay, y Manuela Sáenz, entre otras, o con mujeres prohibidas, como Isabel Soublotte, hermana de uno de los generales del ejército realista. No obstante, su verdadero amor no fue otorgado a ninguna de ellas, sino a la independencia, la tan añorada emancipación

Fragmento de una carta de Simón Bolívar a Manuela Sáenz (1825)

a la que buscó desde joven, a la que encontró en su adultez y a la que casi ve morir al final de sus días. En el desenlace de su vida, Bolívar siente que su labor no sirvió para nada; es traicionado por quienes decían ser sus amigos y muere desterrado de su tierra natal.

A pesar de los prolíficos estudios sobre su vida y obra, muy poco se ha dicho sobre su faceta como escritor. Con ciento ochenta y nueve proclamas, veintiún mensajes, catorce manifiestos, dieciocho discursos y una breve biografía¹, y más de diez mil cartas personales, no puede dudarse que el hombre de las dificultades no tenía ninguna a la hora de asir la pluma. Su inagotable obra ha sido vista como producto corriente de su función como Libertador y como ser humano, y quizás eso ha hecho que este acto escritor pase tan desapercibido o cotidiano como el mismo acto de empuñar la espada para ir a la batalla o de dar besos en las mejillas de sus hermanas cuando llega a San Mateo. Sin embargo, es conveniente estudiar su escritura no sólo como producto de su labor heroica ni de su esencia humana, sino también como una revolucionaria obra de arte expresada con el fin de ser más que unas pocas palabras que plasman su pensamiento o que influyen en sus oyentes, como acto lingüístico que significa más que unos tantos sustantivos y unos cuantos verbos; significa una revolución dentro de la época literaria que lo enmarca.

El momento literario en el que se ubica cronológicamente a Bolívar es el neoclasicismo. Este movimiento cultural, artístico y literario que se desarrolló desde mediados del siglo XVIII hasta las primeras décadas del siglo XIX, y que después fue sustituido por el Romanticismo, tiene como origen la reacción ante los *excesos* del barroco y más aún del rococó. El neoclasicismo regresó a los parámetros grecorromanos, a los que trataban de imitar, y procuraba de nuevo el equilibrio y la armonía entre los diferentes elementos.

Una de sus principales características es la belleza fría y sin alma: da preferencia a la razón frente a los sentimientos, impone reglas a las que se deben

Fragmento de una carta de Simón Bolívar a María Teresa Rodríguez del Toro, su novia en aquella época (1801), a quien llamaba "Amable hechizo del alma mía"

¹ La del mariscal Sucre.

ajustar las obras literarias, rechaza lo imaginativo y lo fantástico, ya que no se escribía para entretener, sino para educar; tiene un marcado carácter crítico, didáctico y moralizador.

En cuanto a la poesía, se caracterizó por su lírica de contenido ligero, con temas sobre amor, mitología, asuntos bíblicos, civiles y progresistas. Asimismo, por la reaparición de la fábula, el epigrama y otras composiciones moralizantes, y por la adecuación al escrito del ambiente y de personajes locales, incluyendo la flora y la fauna. Hacia el final del movimiento –antes del surgimiento del Romanticismo– se tiende hacia la poesía patriota, en forma de odas e himnos heroicos sobre las guerras independentistas.

Con respecto a la prosa, ésta se caracterizó por el surgimiento del periodismo político, social y económico, como medio de difusión de la nueva ideología y revolución. Se dio el nacimiento de la verdadera novela realista hispanoamericana, en México, con José Joaquín Fernández de Lizardi.

Aunque dicho movimiento tuvo un auge completo en Hispanoamérica, no lo tuvo en *El Libertador*. Como lo señala Rufino Blanco Fombona (Blanco, 1944: 35), sus escritos carecen de muchas de las características propias del movimiento, saltando a formas más personales e íntimas que estaban relacionadas con su propia vida, con su propia esencia. En este campo, al igual que en el campo de batalla, Bolívar fue un revolucionario; en lo literario así como en su vida privada, fue un rebelde que no se guiaba por parámetros preestablecidos ni por cánones dados. También lo dice Gil (Gil, citado por Cardozo, 1994: 16): “escribe sus discursos, proclamas y cartas en un lenguaje muy personal... siempre matizado con giros elegantes y armoniosos; y hasta en ocasiones... revela inclinación al aticismo, al gusto estético acendrado, aún tratándose de actos políticos”.

Fue un vanguardista. Más que ser influido por una prosa heroica, fue él quien la influyó con sus actos y su prosa. Fueron sus escritos los que animaron, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, el tema revolucionario y el nuevo estilo naciente en las obras literarias. Fueron sus actos los



Retrato anónimo de Simón Bolívar

inspiradores de los cantos y alabanzas patrióticas. Así fue Simón Bolívar: “creador de un estilo nuevo de escribir que rompe con la prosa neoclásica de su época” (Arroyo, 1978: 170).

La obra escrita de *El Libertador* es muy extensa. Con un total de doscientos cuarenta y dos escritos políticos, proclamas y discursos, y más de diez mil cartas enviadas a más de quinientas personas, Simón Bolívar dejó material suficiente como para llenar varios tomos², mucho más que lo que escribieron todos los otros próceres juntos. Su profusión en la escritura parece ir a la par con su grandeza como héroe y su versatilidad como ser humano.

Quizás los escritos más leídos y conocidos de Bolívar son sus proclamas y discursos. Todos ellos, difundidos actualmente por diversos medios y traducidos a múltiples idiomas, han sido fieles testigos del pensamiento e ideales de *El Libertador*. En sus mensajes políticos es palpable el ansia

² La sola compilación que hace Vicente Lecuna de 2.939 cartas abarca trece tomos.

de emancipación, las ganas de libertad y la avidez por lograr una América unida que pueda decidir su destino lejos de la dominación de cualquier otro pueblo. Todo su pensamiento está impreso en estos textos. Lo que fue y lo que esperaba ser como protagonista de la historia sudamericana está plasmado allí.

Sus cartas también son parte importante de su obra. Por un lado, están las epístolas de corte político, aquellas que le escribía a sus compañeros de campaña y a sus aliados en la batalla, y que no distaban en tema y forma a las proclamas y discursos. Por otro lado, están las cartas personales, las que nos revelan parte de su vida y de su personalidad, las que hablan del hombre que se esconde detrás de la espada. Epístolas escritas a sus familiares, a sus amigos y a sus amantes. Letras llenas de sentimiento, de emoción y de calidez, mismos sentimientos que cualquier persona pondría en aquellas que envía a sus seres queridos.

Dentro de su obra, existen tres escritos de excepción. El primero de ellos es *Mi delirio sobre el Chimborazo*, un poema en prosa en el que el autor

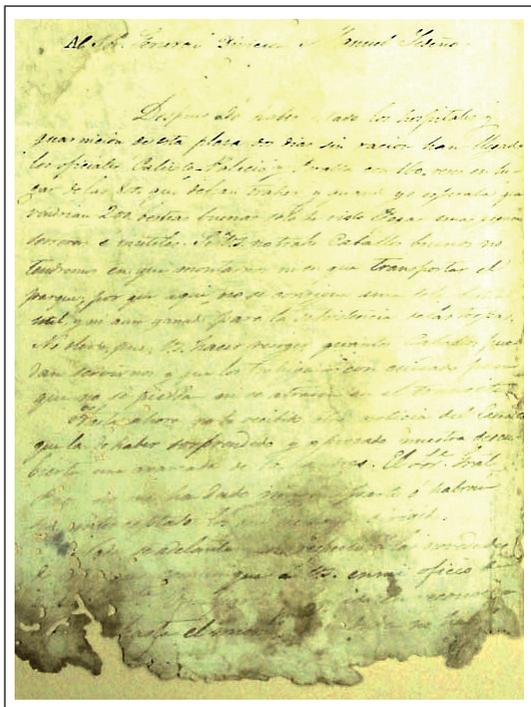
narra su extraño encuentro con el Tiempo y el encargo que éste le hace. El segundo texto es la crítica literaria a José Joaquín de Olmedo, poeta ecuatoriano y amigo de Bolívar. Dicha crítica va en una de sus cartas a éste y versa sobre un himno que el poeta escribe alabando las hazañas del héroe. Y el tercero, la biografía que escribe sobre el General Sucre cuando éste es asesinado.

Con tan vasta obra, queda más que confirmada la versatilidad y gran interés que Bolívar profesaba por el acto de escribir. No es de extrañar que con tantos escritos, fuera innovador del estilo de su época.

Parece un tanto atípico que a pesar del raudal de la obra de Bolívar, han sido pocos los estudios sobre ésta. La mayoría de ellos no pasan de comentarios exaltadores sin un profundo análisis de sus obras, como los que hacen Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó y José Martí. Otros entran en un estudio más concienzudo y especializado, detallando fenómenos claros con exactitud y con sustento más confiable.

Uno de ellos es el venezolano Efraín Subero (1983: 149), quien después de leer la obra completa de *El Libertador*, asigna trece características innovadoras con respecto al neoclasicismo de la época: improvisación, rapidez verbal, autodidactismo, diversificación (en géneros y en expresiones dentro de un mismo género), idealismo, mestizaje literario como producto de su internacionalismo, oposición de tendencias (variable y algunas veces contradictorio), conciencia crítica hacia la propia obra, literatura de contenido, ejercicio literario en función social (la literatura sirve para algo), como razón fundamental de la existencia y como producto de la circunstancia. Estas características son las que hacen de la obra bolivariana una pieza original en la literatura hispanoamericana y que posteriormente influiría en algunos autores.

Otro de los críticos más fervientes de la obra de Bolívar es Rufino Blanco Fombona (1944: 35-59). Este autor clasifica la obra de Bolívar en tres períodos:



Fragmento de una carta de Simón Bolívar al General de División Manuel Cedeño (1818)

1. De 1810 a 1819, caracterizado por el optimismo: la pasión por la libertad se desborda en las letras con ahínco. El uso de adjetivos e imágenes inundan las páginas de manera desenfrenada.
2. 1819 a 1826, distinguido por un lenguaje depurado. Bolívar escribe con impecable corrección de estilo, sin visos retóricos, con palabras pensadas, cuidadosas, en las que subyace un ardor atenuado.
3. 1826 a 1830, se caracteriza por el pesimismo que se va apoderando de su espíritu. El estilo ágil y juvenil de la juventud, robusto y maduro en la plenitud, se torna ahora grave y triste, amenazado por la muerte y la derrota ante la enfermedad.

El mismo autor nos habla del uso concienzudo y aventajado del libertador a la hora de manejar las figuras literarias y la sintaxis³. En cuanto a las figuras literarias, Blanco (1944: 35-59) destaca el uso de la hipérbole, la apóstrofe, la ironía y la epifonema, recursos valiosos a la hora de influir en el ánimo de sus interlocutores. Con respecto a la sintaxis, hace notar que ningún párrafo combina varios tiempos verbales, sino que sigue un mismo tiempo. Además usa una concordancia perfecta de sustantivo –adjetivo y sustantivo– verbo, asunto difícil de manejar a veces.

Anita Arroyo (1978: 170-182) destaca dos estilos en la obra bolivariana: el estilo apolíneo y el estilo dionisiaco. El primero se caracteriza por ser severo, objetivo y de amplia y serena mirada. En este estilo El Libertador escribió la mayoría de sus discursos y sus proclamas. El segundo se define por ser

³ Vale recordar que uno de sus maestros fue el notable Andrés Bello, una de las autoridades hispanoamericanas más representativas en literatura y filología de todos los tiempos. El mismo Bolívar, en una carta a Santander en 1825, escribe: “fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello”. Esto hace pensar que su escritura no es efecto de la casualidad, sino del cuidado y la consciencia del autor. Igualmente, es sabido que siempre cargaba el Diccionario de la Real Academia Española a donde fuera.

entusiasta, movido por la imaginación, inspirado y libre. Escribe con este estilo las cartas personales a sus amigos más íntimos, a sus enamoradas, a sus parientes, y hasta a sí mismo. También dentro de este estilo, está la oda en prosa *Mi delirio sobre el Chimborazo*.

Independientemente del modo como se defina su estilo, es innegable que la obra de El Libertador es no sólo abundante, sino también llena de elementos lingüísticos y literarios que hacen que no pase desapercibida desde el punto de vista estilístico.

Contradiendo a Arroyo, Efraín Subero asegura que el estilo de Bolívar “se deduce el unánime” (1983: 45). Para él, “al galope o al paso, en las proclamas o en las cartas de amor, se trataba del mismo caballero que gustaba de soltar las riendas de la imaginación” (1983: 48).

Independientemente del modo como se defina su estilo, es innegable que la obra de El Libertador es no sólo abundante, sino también llena de elementos lingüísticos y literarios que hacen que no pase desapercibida desde el punto de vista estilístico. No escribía como un simple acto de plasmar unos significados en un papel sin importar la forma, lo hacía consciente del valor estético que encerraba este hecho.

La obra más conocida y extendida de El Libertador son sin duda sus proclamas y discursos políticos. Desde que iniciara la causa independentista al regresar de Europa en 1806, su actividad escritora se vio determinada en gran parte por su actividad política y militar.

Su primera alocución fue escrita y orada en 1810 ante el cabildo de Caracas, cuando la



*Discurso
de Angostura*

independencia da sus primeros visos. Su último discurso fue La Última Proclama, el día 10 de diciembre de 1830, sólo siete días antes de morir. Entre sus proclamas más conocidas están el *Manifiesto de Cartagena* (1812), la *Guerra a muerte* (1813), la *Carta de Jamaica* (1815), *Libertad a los esclavos* (1815), el *Discurso de Angostura* (1819), *Mensaje al Congreso de Bolivia* (1826) y la *Última proclama* (1830).

Desde la primera proclama hasta la última, Bolívar utilizó el lenguaje a favor de su causa y dirigió sus palabras para persuadir a quienes lo escuchaban, para comunicar sus ideales y para quejarse por la injusticia del medio político y social. Así se confirman varias de las características señaladas por Efraín Subero (1983: 149): ejercicio literario como función social, como razón fundamental de la existencia y como producto de la circunstancia. Su tono es a veces sereno y reservado con un estilo apolíneo, en palabras de Arroyo (1978: 180), como al comienzo del *Manifiesto de Cartagena* “Permitidme que animado de un celo patriótico me atreva a dirigirme a vosotros, para indicarnos ligeramente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción” (Bolívar, 1944: V2, 155). Otras veces este tono se torna exaltado y entusiasta, prueba de lo dionisiaco aun en sus discursos políticos. Tal es el caso del final del *Discurso de Angostura*, en el que dice: “La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto

la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego” (Bolívar, 1944: V3, 159). De esta manera, el escritor y el orador se mezclan en uno solo, combinando los dos estilos con un mismo fin.

El uso de las figuras literarias de las que se habló con anterioridad se hace presente en sus discursos con el ánimo de darle fuerza a éstos e impactar con profundidad a los oyentes. Tal es el caso del uso de la hipérbole en *Guerra a muerte*, en la que dice “¡Qué horrorosa devastación, que carnicería universal, cuyas señales sangrientas no lavarán los siglos!” (Bolívar, 1944: V3, 22). Igualmente usa la apóstrofe (dentro del mismo discurso que va dirigido a un público, dirigirse a una persona o grupo de personas presentes o ausentes), como en el caso del *Discurso de Angostura*: “Legisladores: Empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías” (Bolívar, 1944: V3, 159). Asimismo, la ironía está presente en casi todos sus discursos, por ejemplo en *Guerra a muerte*: “Españoles y Canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América” (Bolívar, 1944: V3, 24).

No cabe duda del conocimiento de la lengua y la literatura que ha hecho parte de la formación de Bolívar, y tampoco cabe duda de que el uso de estos recursos en la prosa con fines de oratoria es innovadora y fresca en El Libertador: su persuasión no se basa en los simples hechos, sino en la manera de presentarlos al auditorio, en los recursos que usa para impactar. Se podría afirmar que como prosista —orador, Bolívar es un innovador de formas que combina lo sobrio y objetivo con lo férvido y subjetivo de un modo tan refinado como sólo un verdadero conocedor de la lengua lo puede hacer.

Dentro de la *obra poética* de Simón Bolívar, se hallan sus cartas amorosas, escritas a los amores que tuvo durante su vida, y un poema en prosa, *Mi delirio sobre el Chimborazo*. Aquí, desboca sus sentimientos, sus emociones, hace uso del lenguaje de una manera artística, lejana a la frialdad y racionalismo que guió al neoclasicismo.

Mi delirio sobre el Chimborazo, prosa poética que cuenta una visión delirante de Bolívar, se presenta llena de adjetivos y de figuras poéticas que exaltan y resaltan el ensueño que el protagonista vive: “Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo” (Bolívar, 1944: V5, 7). Bolívar se muestra como un hombre que quiere subir al monte, sentirse grande y tocar los umbrales del universo. Aparece ante él el Tiempo: “Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto, mi madre fue la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la Muerte” (Bolívar, 1944: V5, 7), y le demuestra que él es un mortal que no debe engrandecerse pues lo único grande es el universo.

Cada una de las líneas de este poema está llena de pasiones y emociones vetados hasta ahora en el neoclasicismo, que imponía la razón y la realidad sobre la visión, el sueño y los sentimientos. El tema mismo es una innovación: un sueño, un delirio, un encuentro irreal en el que Bolívar se encuentra con el Tiempo “bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades” (Bolívar, 1944: V5, 7), se siente poseído por “el Dios de Colombia” (Bolívar, 1944: V5, 7). No se guía el poeta por la razón sino por lo imaginativo, lo fantástico, aspecto absolutamente inusitado en las tendencias neoclásicas.

Las cartas personales, más aún, las amorosas, tampoco escapan de esa rebotante muestra de sentimientos y emociones ni a esa innovación poética. Por ejemplo, la carta escrita a Manuela Sáenz en abril de 1825, “no sé cortar este nudo que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable” (Bolívar, 1944: V10, 183). O la que le escribe a Bernardina Ibáñez, otro de sus amores: “¡Tú eres sola en el mundo para mí! Tú, ángel celeste, animas mis sentidos y deseos más vivos” (Bolívar, 1944: V9, 57). También en la última carta que escribe a Fanny Du Villars, quizás su más grande amor, tan sólo unos días antes de morir: “Estuviste en mi alma en el peligro (...) tuyos fueron mis triunfos y mis

reveses (...) me miras y en tus pupilas arde el fuego de los volcanes; me hablas y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín” (Bolívar, 1944: V13, 394).

Puede así afirmarse que Anita Arroyo (1978, 180) no se equivoca al decir que el estilo utilizado en esta faceta poética de El Libertador es el dionisiaco. La imaginación lo mueve en su Delirio, sus sentimientos por sus amadas lo llevan a inspirarse para expresarse de manera libre. Con esta nueva tendencia, mucho más parecida al movimiento que remplazará al neoclasicismo, se podría fácilmente preguntar: ¿podría decirse que Bolívar fue el primer poeta del Romanticismo? Quizás, pues éste se caracteriza por su entrega a la imaginación y la subjetividad, su libertad de pensamiento y expresión, su idealización de la naturaleza, su dominio de las pasiones sobre la razón.

Nuevamente, vemos a Bolívar como un innovador, esta vez desde su faceta poética. No podía ser de otro modo, siendo el rebelde revolucionario que fue.

Una cara todavía menos estudiada en la producción escrita de Simón Bolívar es su voz como crítico literario. Se mentiría al decir que en este aspecto fue prolífico, pues sólo hizo una crítica conocida, y precisamente sobre un poema que



*Mi delirio
sobre el
Chimborazo*



Firma de
Simón Bolívar

cantaba a los actos heroicos en las batallas de Junín y Ayacucho.

En 1824, Simón Bolívar libra con éxito la batalla de Junín, siendo seguida a esta la victoria que obtiene el Mariscal Sucre en Ayacucho unos meses más tarde. José Joaquín de Olmedo, quizás el poeta más importante del neoclasicismo en América, maravillado por los sucesos –siendo un acérrimo defensor de la causa independentista y amigo y admirador de El Libertador⁴– escribe el *Canto a la victoria de Junín*, su más célebre poema. Más de ochocientos versos en los que exalta a Bolívar como el héroe inmortal y omnipotente que no sólo ha sido protagonista de las batallas presentes, sino de las anteriores y muy seguramente de las venideras. Bolívar es enaltecido y endiosado con vehemencia llegando a ser comparado con dioses, y héroes de diferentes culturas. Es en realidad un canto a Bolívar, no a la victoria en Junín.

A pesar de las halagadoras intenciones, el escrito no fue bien recibido por su protagonista. En una carta enviada a Olmedo unos meses después de la aparición del poema, El Libertador critica fuertemente el escrito. Comienza llamándolo “pobre parodia de La Ilíada” (Bolívar, 1944: V8, 145), pues intenta cantar alabanzas engrandeciéndolo excesivamente, y se refiere a algunos versos, los cuales encuentra vulgares y prosaicos como “renglones oratorios” (Bolívar, 1944: V8, 145),

⁴ No se debe olvidar que Olmedo fue una de las figuras más importantes de la política ecuatoriana, incluso llegando a ser nombrado vicepresidente después de la división de la Gran Colombia.

Con respecto a una de las comparaciones usadas por Olmedo para alabar al héroe comparándolo con el Inca Huaina Capac, Bolívar muestra su indignación, pues para él, el Inca no es más que un “hablador y embrollón” (Bolívar, 1944: V8, 145) además de tildar de “rimbombante” (Bolívar, 1944: V8, 145) dicha comparación. El punto final de dicha crítica lo pone al reprochar la comparación que hace de Bolívar un Júpiter y de Sucre un Marte, pues para el Libertador “de lo heroico a lo ridículo no hay más de un paso” (Bolívar, 1944: V8, 146).

Como se ha notado, en la crítica hecha se refiere tanto a contenido como a forma. Bolívar tenía conocimiento de las formas artísticas literarias y se sentía con autoridad para hacérselas notar a un escritor de la época. Alguien con escaso conocimiento en el tema no habría osado decir algo así del producto literario de una mano experta. ¿Crítica al poema, al estilo o a la tendencia literaria? Quizás a los tres.

Quizá es la formación literaria y lingüística que ha recibido la que lo obliga a manifestarse en contra de las formas típicas del neoclasicismo, una corriente que, como buen rebelde, no se preocupa por seguir en su propia escritura.

Simón Bolívar, amado por unos y odiado por otros, ha sido el centro de los estudios históricos y biográficos, aunque no así en los estudios literarios. Sin embargo, su actividad escritora es tan interesante como lo fueron sus batallas y su vida. Al acercarse al Bolívar escritor, se halla que su actividad no dista de sus figuras pública y privada, pues fue en todas ellas transformador y rebelde.

Fue un revolucionario a todas luces: en su vida personal, en la vida política y en su actividad como escritor. Su escritura fue innovadora en su época, tanto en sus discursos y proclamas como en su obra *poética* y su *crítica* literaria. No se podía esperar otra cosa de un genio que vivió bajo sus propias reglas, que desafió su época con sus ideas vanguardistas, -tanto en política como en literatura-, con sus actos impetuosos y con su rebeldía innata.

Bibliografía

- Arroyo, Anita. 1978, "Bolívar: El Libertador y el escritor", en: *América en su Literatura*, Puerto Rico, Editorial Universitaria Universidad de Puerto Rico.
- Blanco Fombona, Rufino. 1944, "Bolívar Escritor", en: *Simón Bolívar Libertador*, Buenos Aires, Editorial Las Novedades.
- Bolívar, Simón. 1946, obras completas, Caracas. Banco de Venezuela. Edición y Notas de Vicente Lecuna y Esther Barret.
- Cardozo, Lubio. 1994, *Antología de la poesía venezolana en la Guerra de la Independencia*. Mérida, Dirección de Cultura y Extensión.
- Cuevas Cancino, Francisco. 1975, *La carta de Jamaica Redescubierta*, México D.F. Ed. Jornadas 78.
- Echeverri Mejía, Oscar. 1982, "Simón Bolívar, escritor y poeta", en: *Desarrollo Indoamericano*, N° 16—74, p. 19—20.
- Hernández y Sanchez-Barba, 1975, "Simón Bolívar: su Vida", en: *Simón Bolívar, Discursos, Proclamas y Epistolario Político*. Madrid, Editorial Nacional San Agustín.
- Hispano, Cornelio. 1944, *Historia secreta de Bolívar, su gloria y sus amores*. Bogotá, Bedout.
- Jerez Valero, Elio. 1983, "Bolívar". en: *Poetas de América le cantan a Bolívar*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- Martí, José. 1985, *Nuestra América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Noguera Mendoza, Aníbal. 1983, *Bolívar y las damas, las damas y Bolívar: epistolario*. Caracas, Presidencia de la república.
- Paredes, Pedro Pablo. 1978, "El aura poética del Libertador", en: *Cartel, Diario La Nación*, San Cristóbal, 23-09-95; p. A4.
- Paredes, Pedro Pablo. 1981, *Perfil de Bolívar*. Caracas, El Libro Menor.
- Subero, Efraín. 1983, *Bolívar Escritor*. Caracas, Cuadernos Lagoven.
- Urdaneta, Ramón. 1987, *Los amores de Simón Bolívar*, Caracas, Ed. Penapo.
- Uslar Pietri, Arturo. 1990, *Bolívar hoy*. Caracas, Monte Ávila editores.